

“Adorar al Criador y aumentar la fe”. El apoyo español al  
naciente catolicismo de Nueva York

“Worship the Creator and increase the faith”. Spanish  
support for the rising Catholicism of New York

---

MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ FUENTES

Universidad de Salamanca. Escuela Universitaria de Magisterio de Zamora.  
Avda. Príncipe de Asturias, s/n. 49029, Zamora, España.

[miguelangelhernandez@usal.es](mailto:miguelangelhernandez@usal.es)

<https://orcid.org/0000-0002-7922-2153>

Recibido/Received: 13/12/2022. Aceptado/Accepted: 30/10/2023.

Cómo citar/How to cite: HERNÁNDEZ FUENTES, Miguel Ángel, “«Adorar al Criador y  
aumentar la fe». El apoyo español al naciente catolicismo de Nueva York”, en *Investigaciones  
Históricas, época moderna y contemporánea*, 43 (2023), pp. 525-553. DOI:  
<https://doi.org/10.24197/ihemc.43.2023.525-553>

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución  
4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access article under a  
[Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

**Resumen:** Diversos estudios han señalado el importante papel jugado por la monarquía española en la construcción de la iglesia de San Pedro, el primer templo católico de Nueva York. Pero el apoyo español a la implantación del catolicismo en Norteamérica fue más allá de la construcción de una parroquia. Con este artículo se pretende señalar la importancia que España tuvo en este proceso gracias a la presencia de sus diplomáticos en suelo norteamericano, a la cesión de los espacios consulares y de un capellán católico que también se puso al servicio de la feligresía angloparlante, al apoyo prestado en la construcción de la primera parroquia y al respaldo otorgado para el establecimiento de la jerarquía eclesiástica en los nacientes Estados Unidos.

**Palabras clave:** Estados Unidos; Nueva York; Relaciones hispano-norteamericanas; catolicismo; jerarquía católica.

**Abstract:** Various studies have pointed out the important role played by the Spanish monarchy in the construction of the Church of St. Peter, the first Catholic Church in New York. But the Spanish support for the establishment of Catholicism in North America went beyond the construction of a parish church. This article intends to point out the importance that Spain had in this process thanks to the presence of its diplomats on North American soil, the ceding of consular spaces, a chaplain at the service of the English-speaking parishioners, the support provided in the construction of the first parish and the support given to the institution of the Catholic hierarchy in the United States.

**Keywords:** United States; New York; Spanish-American relationship; Catholicism; catholic hierarchy.

---

**Sumario:** Introducción. 1. Ser católico durante el dominio colonial británico; 2. La proclamación de Independencia y su impacto sobre el catolicismo; 3. Una pequeña comunidad católica en la clandestinidad; 4. La representación diplomática española ante los Estados Unidos; 5. La capilla y el capellán de la legación española; 6. Un lugar donde celebrar la eucaristía: St. Peter Church; 7. Intervención española en el nombramiento episcopal de John Carroll. Conclusiones.

---

## INTRODUCCIÓN

Una antigua tradición recogida a mediados del siglo XIX por el coronel Bernard U. Campbell (1895-1855), historiador y biógrafo del primer obispo de Baltimore y primado de los Estados Unidos, señala que los representantes diplomáticos de España en Nueva York ofrecieron su residencia para la celebración del culto católico durante aquellos años en que los Estados Unidos daban sus primeros pasos como país independiente del dominio colonial británico<sup>1</sup>. Dicha referencia fue recogida por uno de los primeros historiadores que se acercaron al catolicismo temprano en la isla de Manhattan, el secretario del arzobispo McCloskey, James Roosevelt Bayley (1814-1877), en cuya investigación recabó numerosas noticias dispersas con el fin de redactar un bosquejo histórico de este periodo sobre el que había muchas lagunas<sup>2</sup>. Con el fin de arrojar un poco de luz sobre esta etapa, uno de los pioneros en escribir sobre la historia de la Iglesia católica en Norteamérica, John Gilmary Shea (1824-1892), cruzó el océano para consultar el Archivo General de Alcalá de Henares y buscar los documentos que atestiguaran la implicación de la corona española en el establecimiento del catolicismo en Manhattan<sup>3</sup>. Tras haber trabajado como empleado en la oficina de un comerciante español, este historiador de ascendencia irlandesa hablaba y escribía con fluidez el castellano, un dominio de la lengua que le permitió acceder con facilidad a la documentación conservada en los archivos madrileños. Su obra, publicada en cuatro volúmenes entre 1886 y 1892, sirvió de punto de partida para el conocimiento de esta parcela de la historia de

---

<sup>1</sup> CAMPBELL, Bernard U, “Memoirs of the Life and Times of the Most Rev. John Carroll, First Archbishop of Baltimore”, en *The United Catholic Magazine*, 6 (1847), p. 102.

<sup>2</sup> BAYLEY, James Roosevelt, *A Brief Sketch of the Early History of the Catholic Church on the Island of New York*, Nueva York, The Catholic Publication Society, 1870, pp. 53-54.

<sup>3</sup> SHEA, John Gilmary, *Life and Times of the Most. Rev. John Carroll bishop and first Archbishop of Baltimore embracing the History of the Catholic Church in the United States 1763-1815*, Nueva York, John G. Shea, 1888.

Nueva York y es una referencia fundamental para todos los historiadores que se ocuparon de este periodo<sup>4</sup>.

Más adelante, la actividad de la United States Catholic Historical Society y su prestigiosa publicación *Historical Records and Studies*<sup>5</sup> contribuyó al conocimiento de algunas parcelas de la historia de la Iglesia en los Estados Unidos junto con otras publicaciones como *The Woodstock Letters*<sup>6</sup>, de la Compañía de Jesús, que recogen en sus páginas numerosos artículos sobre los progresos del catolicismo neoyorquino.

Muchas otras publicaciones han abordado diversas parcelas del proceso de implantación y desarrollo de la Iglesia católica en los Estados Unidos y, más en concreto, del catolicismo neoyorquino<sup>7</sup>, de los cuales algunos han señalado la importancia que la participación francesa y española tuvo en este proceso<sup>8</sup>. Entre ellos, Leo R. Ryan nos ofrece una documentada historia de la parroquia de San Pedro que tuvo el honor de ser el primer templo católico de Nueva York<sup>9</sup>.

A este rastreo documental no fueron ajenos algunos historiadores españoles como Miguel Gómez del Campillo<sup>10</sup> o Carlos Fernández-Shaw<sup>11</sup>, aunque sus referencias al catolicismo neoyorquino en estas obras son más

---

<sup>4</sup> SMITH, John Talbot, *The Catholic Church in New York*, Nueva York, Hall & Locke Company, 1903, p. XV.

<sup>5</sup> La versión digital en: <https://catalog.hathitrust.org/Record/000637307>.

<sup>6</sup> <http://jesuitarchives.org/woodstock-letters>.

<sup>7</sup> BENNETT, William Harper, *Catholic Footsteps in Old New York. A Chronicle of Catholicity in the City of New York from 1524 to 1808*, New York, Schwartz, Kirwin and Fauss, 1909; SMITH: *op. cit.*; ELLIS, John Tracy, *Documents of American Catholic History*, Milwaukee, The Bruce Publishing Company, 1962; COHALAN, Florence D., *A Popular History of the Archdioceses of New York*, Yonkers, Nueva York, United States Catholic Historical Society, 1999; SHELLEY, Thomas J., *The Archdiocese of New York*, Strasbourg, Editions du Signe, 2007; MARLIN, George y MINER, Brad, *Sons of Saint Patrick: A History of the Archbishops of New York, from Dagger John to Timmytown*, San Francisco, Ignatius Press, 2017.

<sup>8</sup> "Documents. II. An Early Page in the Catholic History of New York", *The Catholic Historical Review*, 1 (1915), pp. 68-77; BAINNÉE, Jules A., *France and the establishment of the American Catholic Hierarchy. The Myth of the French Interference (1783-1784)*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1934.

<sup>9</sup> RYAN, Leo Raymond, *Old St. Peter's: The Mother Church of Catholic New York, 1785-1935*, Nueva York, United States Catholic Historical Society, 1935.

<sup>10</sup> GÓMEZ DEL CAMPILLO, Miguel, *Relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos según los documentos del Archivo Histórico Nacional*, vol. 1, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1944.

<sup>11</sup> FERNÁNDEZ-SHAW, Carlos, *The Hispanic Presence in North America from 1492 to Today*, Nueva York, Facts on File, 1999.

escasas. Más centrado en nuestro tema, Rafael Caamaño Fernández<sup>12</sup> defendió una tesis doctoral dedicada a la ayuda prestada por España al desarrollo del catolicismo en Norteamérica que, al no haberse editado, permanece inaccesible al público lector después de más de cuatro décadas, cuyas líneas de investigación queremos retomar y actualizar gracias a otros estudios más recientes y algunas aportaciones nuevas. Una de las investigadoras que consultó esta tesis fue Reyes Calderón, autora de un interesante trabajo sobre Diego Gardoqui, el primer agente de Negocios que España tuvo en Norteamérica<sup>13</sup>. Este empresario y diplomático de origen vasco facilitó sus contactos comerciales en el Nuevo Mundo para financiar a los colonos independentistas y se convirtió en un apoyo crucial para los católicos de Nueva York. Una figura clave en la historia de las relaciones hispano-norteamericanas que ha suscitado el interés de otros investigadores<sup>14</sup> entre los cuales contamos con un trabajo acerca del apoyo español en la construcción de la parroquia de San Pedro<sup>15</sup>.

Existen otras publicaciones que han enriquecido el conocimiento que España otorgó al naciente catolicismo de la ciudad de Nueva York, de las cuales hay constancia en la bibliografía que se ofrece al final del trabajo. Apoyándome en sus pesquisas, he pretendido perfilar algunos asuntos acerca de este periodo y, sobre todo, traer al ámbito de la historiografía española un tema que ha suscitado el interés de algunos historiadores norteamericanos: el papel jugado por la monarquía católica en el proceso de implantación del catolicismo en Manhattan. Un trabajo que se inscribe en el renovado interés que la historiografía ha dado a la aportación española al proceso de

---

<sup>12</sup> CAAMAÑO FERNÁNDEZ, Rafael, *La Iglesia en los Estados Unidos en el siglo XVIII. Ayuda de España al desarrollo del catolicismo en Norteamérica* (Tesis doctoral inédita), Universidad de Navarra, 1980.

<sup>13</sup> CALDERÓN CUADRADO, Reyes, *Empresarios españoles en el proceso de independencia norteamericana. La casa Gardoqui e hijos de Bilbao*, Madrid, Unión Editorial e Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales Francisco de Vitoria, 2004.

<sup>14</sup> CHAPARRO SÁINZ, Ángel Diego, “Diego María de Gardoqui y los Estados Unidos: Actuaciones, influencias y relaciones de un vasco en el nacimiento de una nación”, *Vasconia*, 39 (2013), pp. 101-140.

<sup>15</sup> LONG FERNÁNDEZ DE MESA, Mary Ann, “La iglesia de San Pedro, el primer templo católico de Nueva York”, en *Péndulo: Revista de Ingeniería y Humanidades*, 20 (2009), pp. 130-145.

independencia de las colonias americanas y al reconocimiento por parte de las autoridades norteamericanas de este apoyo<sup>16</sup>.

## 1. SER CATÓLICO DURANTE EL DOMINIO COLONIAL BRITÁNICO

No era fácil vivir su fe para aquellos primeros católicos que residían en las colonias británicas de Norteamérica. Durante los años en que la isla de Manhattan estuvo bajo la soberanía de los Países Bajos, quienes profesaban la fe de Roma gozaron de ciertas libertades, aunque la legislación sostenida por los holandeses tenía un fuerte sesgo calvinista. Desde 1640 la única religión permitida era la protestante, pero, salvo algunos casos aislados, los escasos católicos que arribaron a Manhattan fueron bien recibidos por las autoridades holandesas como ocurrió con los jesuitas Isaac Jogues y Francesco Giuseppe Bressani<sup>17</sup>. Además, la ubicación y el dinamismo comercial de unos puertos con vocación atlántica hicieron que Nueva Ámsterdam se convirtiera en un importante punto de conexión entre Europa y Canadá para los viajes transoceánicos de ida y vuelta que hicieron algunos sacerdotes misioneros en Norteamérica<sup>18</sup>.

Las cosas cambiaron en 1664 cuando el territorio conocido como los Nuevos Países Bajos pasó a ser posesión británica. Con el respaldo del nuevo propietario de la colonia, el duque de York y futuro monarca Jacobo II, el nuevo gobernador de origen irlandés Thomas Dongan (1683-1688) decretó la tolerancia religiosa, medida que permitió el establecimiento de los jesuitas en 1683<sup>19</sup>. Sin embargo, la libertad otorgada a los católicos despertó también los celos de la población local que era mayoritariamente protestante y había roto con la obediencia de Roma<sup>20</sup>. Por eso, tras los sucesos revolucionarios de 1688 y la caída del monarca de Inglaterra y de su gobernador neoyorquino, las reacciones frente a la etapa de gobierno de Dongan fueron virulentas y

---

<sup>16</sup> SEGURA GARCÍA, Germán, “El transcendental papel de España en la independencia de los EE.UU.”, en García, Eva (coord.), *George Washington y España. El legado del ejército español en los Estados Unidos de América*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2019, p. 138.

<sup>17</sup> ROCHEMONTEIX, Camille de, *Les jésuites et la Nouvelle-France au XVIIe siècle d'après beaucoup de documents inédites*, tomo 2, París, Letouzey et Ané, 1896, pp. 37-41.

<sup>18</sup> Un listado de los clérigos que estuvieron en Nueva York fue publicado por CORRIGAN, Michael Augustine, “Register of the Clergy Laboring in the Archdioceses of New York from Early Missionary Times till 1885”, en *Historical Records and Studies*, 1 (1899), pp. 18-44.

<sup>19</sup> LEISLER, Jacob, “New York Mission, 1683-1689”, en *The Woodstock Letters*, 15 (1886), pp. 175-183.

<sup>20</sup> LAMB, Martha y HARRISON, Burton, *History of the City of New York: Its Origin, Rise, and Progress*, vol. 1, A. S. Barnes, 1877, p. 322.

terminaron por arrojar a las catacumbas a los pocos católicos que vivían en la ciudad<sup>21</sup>.

En la *Carta de Libertades y Privilegios* aprobada por la Asamblea neoyorquina de 1691 se excluía de estos derechos a quienes profesasen la religión católica<sup>22</sup>. Cinco años después, el 11 de junio de 1696 otra ley ordenaba desarmar y encerrar a cualquier católico romano que estuviera en la ciudad<sup>23</sup>. Además, con el fin de evitar la difusión del catolicismo y conseguir su erradicación del aparato burocrático del Estado, otra norma ordenó que todos los funcionarios debían abjurar de la transubstanciación, de la veneración a la Virgen María y a los santos. Esta escalada de persecución contra los católicos llegó a su culmen el año 1700 con la publicación de una ley contra los jesuitas y los sacerdotes papistas. Según esta disposición, cualquier sacerdote católico que pusiera sus pies en el territorio colonial a partir del 1 de noviembre, sería declarado como incendiario y perturbador de la paz pública, enemigo de la verdadera religión cristiana y condenado a sufrir cadena perpetua, dándose el mismo trato a quien les diese cobijo<sup>24</sup>.

Estas leyes anti-romanas estuvieron vigentes durante más de ocho décadas, hasta que la corona británica perdió su hegemonía sobre las trece colonias. Todavía en 1771, William Tryon, el último gobernador de Nueva York que actuó en nombre del monarca inglés, ordenó que se permitiese la libertad de conciencia a todas las personas, excepto a los papistas<sup>25</sup>. Curiosamente, quienes defendían uno de los principios básicos del liberalismo como la libertad de conciencia restringían esta posibilidad a quienes confesaban su fe católica.

## 2. LA PROCLAMACIÓN DE INDEPENDENCIA Y SU IMPACTO SOBRE EL CATOLICISMO

En este ambiente de persecución, en 1774, con la reunión del Primer Congreso Continental, comenzaron a sonar tambores de guerra en la América anglosajona. El deseo de independencia promovido por los líderes coloniales despertaba notables esperanzas en los católicos que aspiraban a conseguir la libertad de culto y esperaban ser mejor tratados por los insurgentes norteamericanos que por los dominadores británicos. Dos hechos modificaron

<sup>21</sup> COHALAN, *op. cit.*, p. 21.

<sup>22</sup> BAYLEY, *op. cit.*, p. 38.

<sup>23</sup> BENNETT, *op. cit.*, p. 195.

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 207-208.

<sup>25</sup> SHELLEY, *op. cit.*, p. 26.

la animadversión de los colonos hacia el catolicismo romano y facilitaron su integración legal en la sociedad norteamericana. El primero fue el apoyo que los escasos católicos presentes en las Trece Colonias dieron a la causa independentista y, el segundo, sin duda el más decisivo, fue el respaldo otorgado por las monarquías católicas de Francia y España a quienes desafiaron el poder colonial británico. Era sintomático que el principal adversario de los independentistas norteamericanos fuera la corona británica, que había roto con la obediencia de Roma, mientras que sus aliados fueran la monarquía católica y el rey cristianísimo. Por ello, el apoyo español y francés a los insurgentes supuso “un cambio en la actitud ante los católicos por parte de los patriotas de las colonias”<sup>26</sup>. Con esta convergencia de intereses en torno al sentimiento independentista se pasó de la prohibición del catolicismo a la presencia de congresistas en servicios religiosos católicos, especialmente en los funerales celebrados por los diplomáticos españoles o franceses. Uno de los primeros y más concurridos fue el de Juan de Miralles, que recibió honores militares y un funeral católico acorde con su condición, dado el aprecio que George Washington manifestaba por este diplomático español<sup>27</sup>.

No obstante, los prejuicios anticatólicos habían arraigado en la población y eran uno de los rasgos más característicos de los padres de la patria<sup>28</sup>. Las leyes penales inglesas, vigentes durante tantas décadas en las colonias, habían ejercido su misión pedagógica entre los colonos y, además, durante los años inmediatos a la Revolución existía un exacerbado nacionalismo que hacía mirar “con sospecha cualquier autoridad no americana, aunque fuese de índole puramente espiritual como la del papa”<sup>29</sup>. Sin embargo, el principio de la libertad triunfó y alcanzó su estatuto legal con la publicación de la nueva Constitución del Estado de Nueva York, donde se defendía una libertad religiosa sin restricciones: “In the name and by the authority of the good people of this State, ordain, determine and declare that the free exercise and enjoyment of religious profession and worship, without discrimination or preference”<sup>30</sup>.

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 28.

<sup>27</sup> RIBES, Vicente, *Presencia valenciana en los Estados Unidos, siglos XVI-XIX*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2002, p. 30-31.

<sup>28</sup> FARRELLY, Maura Jane, *Anti-Catholicism in America, 1620-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018, p. 71.

<sup>29</sup> CAAMAÑO, *op. cit.*, p. 2.

<sup>30</sup> “The Constitution of the State of New York. Established by the Convention authorized and empowered for that purpose, April 20, 1777”, en *The Constitutions of the Several Independent States of America*, Nueva York, E. Oswald, 1786, p. 96.

Tras la firma de la paz de París el 3 de septiembre de 1783, Nueva York fue una de las últimas ciudades norteamericanas en ser abandonada por los ingleses. Los buques británicos fueron reemplazados por otros barcos procedentes de aquellos países que habían luchado en favor de las colonias con mercaderes y políticos que acudían a Nueva York para defender los intereses de su país ante los nacientes Estados Unidos. Con ellos llegaba a Manhattan el padre Seraphin Bandol, capellán de la legación francesa, que acudía en compañía de Jean Hector St. John de Crèvecoeur, cónsul general de Francia para los estados de Nueva York, Connecticut y Nueva Jersey<sup>31</sup>. Este sacerdote había estado en las colonias americanas durante buena parte de la guerra, acompañando a la legación francesa y predicó durante la misa celebrada en acción de gracias por la victoria de Yorktown el 4 de noviembre de 1781<sup>32</sup>.

Al convertirse Nueva York en la capital de los Estados Unidos el 23 de diciembre de 1783, las embajadas de los países que habían reconocido a la nueva nación se mudaban desde Filadelfia a la isla de Manhattan. La embajada francesa encontró acomodo en McComb Mansion, un elegante edificio cerca de Bowling Green que iba acorde con el esplendor de la monarquía representada. En su interior se acondicionó una capilla donde el padre Seraphin Bandol pudo celebrar la eucaristía durante los cinco años que permaneció en la ciudad<sup>33</sup>. Sin embargo, como señala Bennet, no consta documentalmente que este sacerdote ejerciera su ministerio fuera de los límites consulares<sup>34</sup>, aunque, como señalaba el encargado de negocios francés, el marqués de Barbé-Marbois, en esta capilla se ofrecía ayuda espiritual para todo aquel que lo precisara<sup>35</sup>.

Al año siguiente, por una ley aprobada el 6 de abril de 1784, las leyes anticatólicas vigentes de 1700 fueron abolidas, permitiéndose la inscripción de cualquier grupo o congregación religiosa en el naciente estado de Nueva York. La puerta de la libertad de cultos estaba abierta para los católicos.

---

<sup>31</sup> BENNETT, *op. cit.*, p. 366.

<sup>32</sup> DALEY, John M., "Pioneer Missionary. Ferdinand Farmer, S. J.: 1720-1786", en *The Woodstock Letters*, 25 (1946), p. 224.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 386.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 370.

<sup>35</sup> Carta de Barbé-Marbois al conde de Vergennes, Filadelfia, 27 de marzo de 1785, BAISNÉE, *op. cit.*, p. 92.

### 3. UNA PEQUEÑA COMUNIDAD CATÓLICA EN LA CLANDESTINIDAD

Aunque durante el dominio colonial británico las leyes no permitían el ejercicio del culto católico y condenaban duramente a quienes profesasen su obediencia a Roma, tenemos noticia de la existencia de un exiguo grupo de católicos que vivieron su fe en la clandestinidad y fueron atendidos en secreto por un sacerdote jesuita de origen alemán: el padre Ferdinand Farmer<sup>36</sup>. Una vez conseguida la independencia, las nuevas leyes permitieron su regreso a Nueva York sin necesidad ya de esconderse. Al no disponer de un templo católico, el jesuita celebró la eucaristía en diversos locales que le facilitaron algunas personalidades de la ciudad donde convocó a una exigua comunidad compuesta por dieciocho fieles<sup>37</sup>. Pero se trataba de una atención esporádica pues tras las visitas puntuales el religioso jesuita regresaba a Filadelfia donde tenía su parroquia<sup>38</sup>.

Tras el padre Farmer, el primer sacerdote que vivió de manera estable en Nueva York fue Charles Whelan (1740-1806), un religioso capuchino de origen irlandés que había cursado sus estudios en Francia a consecuencia del ambiente de persecución que se vivía en su país natal. Invitado por sus superiores a enrolarse como capellán de la flota francesa, Whelan aceptó el desafío y, junto a otros sacerdotes, orientó su ministerio al servicio de las tropas comandadas por el conde de Ternay. El 12 de abril de 1782 el navío en el que viajaba fue capturado por los británicos y el religioso pasó trece meses de cautividad junto a otros siete mil soldados. Durante este cautiverio, el padre Whelan ejerció el ministerio sacerdotal con los enfermos y administró los sacramentos a numerosos soldados. Tras ser liberado, el fraile regresó a Irlanda, pero poco después volvió a las costas americanas y desembarcó en Nueva York en el mes de octubre de 1784. Whelan quedó muy impresionado por la fe de los católicos de la ciudad e invitado por ellos mismos se quedó para atenderlos pastoralmente. Al no disponer de un templo propio, el fraile capuchino comenzó a reunirse con sus fieles en la casa de un conocido mercader portugués llamado José Roiz Silva, quien sostenía un lucrativo negocio de venta de algodón, vino, pieles, sal y otros productos

---

<sup>36</sup> QUIRK, John F., "Father Ferdinand Farmer. An Apostolic Missionary in Three States", en *The Woodstock Letters*, 44 (1915), pp. 58-59.

<sup>37</sup> BENNETT, *op. cit.*, p. 368.

<sup>38</sup> Sabemos que Farmer hizo sus últimas visitas a Nueva York en la primavera y el otoño del año 1785 (DALEY, *op. cit.*, pp. 217-218) y que, en el mes de agosto del año siguiente falleció (DEVITT, *op. cit.*, p. 73).

mediterráneos. Así lo atestigua el propio Whelan en una carta enviada pocos meses después de su llegada a Nueva York:

Los católicos aquí son pobres pero muy celosos, siendo la mayor parte irlandeses. No son capaces de construir una capilla ni de comprar un lugar para decir la misa, tan solo un noble portugués nos ha cedido parte de su casa para este propósito<sup>39</sup>.

Roiz Silva no solo cedía su vivienda para la celebración eucarística, también colaboraba con el mantenimiento del culto y del sacerdote según se desprende del despacho enviado por Diego Gardoqui a Floridablanca en 1785 en el que afirmaba que los católicos neoyorquinos tenían “solo por casualidad, un capellán mantenido por un comerciante portugués”<sup>40</sup>. Sin embargo, parece que su casa no era la única donde podía celebrarse la eucaristía. Otros acaudalados hombres de negocios como Thomas Stoughton también cedieron su vivienda para el culto católico, en cuya sala de estar se celebraba la misa. Según relatan diversos historiadores norteamericanos, antes de la erección de la parroquia de St. Peter en 1785, la eucaristía “was also sometimes celebrated in the parlor of the Spanish consul, don Thomas Stoughton”<sup>41</sup>. Una afirmación inexacta, pues por aquellas fechas, este comerciante español no ostentaba la representación diplomática que se le atribuye. Además, en algunas obras tempranas sobre el catolicismo neoyorquino se ofrecen unas cifras inexactas que arrastran el mismo error en publicaciones sucesivas<sup>42</sup>. Stoughton sería cónsul a partir de 1795, cinco años después de la marcha del que fuera su predecesor y encargado de Negocios ante los Estados Unidos Diego Gardoqui, quien ejerció este cargo entre 1785 y 1790<sup>43</sup>. Por ello, durante los años que Stoughton ofrecía su vivienda, lo haría en virtud de su condición de católico adinerado, rasgo que compartía con su socio Dominik

---

<sup>39</sup> STANISLAUS, “An Irish Capuchin Pioneer”, en *The Capuchin Annual*, 1 (1930), pp. 74.

<sup>40</sup> Archivo Histórico Nacional [AHN], Estado, leg. 3886, exp. 2, n. 1.

<sup>41</sup> BAYLEY, *op. cit.*, p. 54.

<sup>42</sup> MEEHAN, Thomas F., “Some Pioneer Catholic Laymen in New York. Dominik Lynch and Cornelius Heeney”, en *Historical Records and Studies*, 4 (1906), p. 286 señala que Stoughton fue nombrado cónsul en 1784, con lo que adelanta once años su nombramiento, ocasionando los consiguientes desajustes cronológicos y contribuyendo a la difusión del error.

<sup>43</sup> Thomas Stoughton fue nombrado cónsul para el estado de Nueva York, con residencia en la capital, el 28 de febrero de 1795, AHN, Estado, leg. 3896, n. 279. El tiempo entre la marcha de Gardoqui y el nombramiento de Stoughton fue cubierto por José Ignacio de Viar y José de Jáudenes.

Lynch, quien se convertiría en unas de las figuras más prominentes del incipiente catolicismo neoyorquino<sup>44</sup>.

Thomas Stoughton era un comerciante español que formaba parte de una familia de ascendencia irlandesa afincada en Galicia que, durante su estancia en Brujas, se asoció con un irlandés natural de Galway llamado Dominik Lynch. Dadas sus buenas relaciones comerciales y sus contactos políticos, en 1783 Stoughton fue enviado a Norteamérica por el conde de Floridablanca con el fin de potenciar los vínculos entre España y los nacientes Estados Unidos. Desde su llegada a Nueva York, don Thomas, como era conocido por su procedencia española, impulsó el negocio familiar de la firma Lynch & Stoughton, cuyo éxito hizo que su colega se desplazara también a Manhattan dos años más tarde. Desde la sede de su compañía, ambos dirigían una empresa pionera en el comercio entre España e Hispanoamérica con los Estados Unidos para el que utilizaban diversos navíos españoles cargados con vino, jerez, brandy, cítricos, almendras, café y otros productos de lujo<sup>45</sup>. En estas relaciones comerciales se incluían los puertos de Dublín, Ámsterdam, Cádiz y las islas españolas y francesas del Caribe. Su exitoso negocio, la posición acomodada de ambos empresarios<sup>46</sup> y su condición de fervientes católicos sirvieron para que Thomas Stoughton pusiera su vivienda al servicio de la feligresía católica y les permitiera disponer de un lugar en el que pudieran celebrar la eucaristía.

#### 4. LA REPRESENTACIÓN DIPLOMÁTICA ESPAÑOLA ANTE LOS ESTADOS UNIDOS

España no tenía prisa para establecer su representación diplomática con los nacientes Estados Unidos. A pesar de que la monarquía hispánica participó en la guerra mediante el envío de armas, municiones, víveres, soldados y monedas, en Madrid había disparidad de criterios respecto a los pasos que debían seguirse ante la declaración de Independencia de las colonias norteamericanas. El conde de Aranda era partidario de un apoyo decidido a los insurgentes americanos por considerar que un acuerdo con los rebeldes podría ser “beneficioso para España, aunque a costa de ser interpretado por los británicos como una provocación”<sup>47</sup>. Floridablanca prefería mantenerse a

<sup>44</sup> BENNETT, *op. cit.*, pp. 391-394.

<sup>45</sup> SMITH, *op. cit.*, p. 32.

<sup>46</sup> DUNCAN, Janson K., *Citizens or Papist? The Politics of Anti-Catholicism in New York, 1685-1821*, New York, Fordham University Press, 2005, p. 57.

<sup>47</sup> SEGURA, *op. cit.*, p. 124.

la expectativa, pues el ejemplo de Norteamérica podría cundir entre las colonias españolas<sup>48</sup>. No obstante, los pactos de familia obligaron a la monarquía borbónica a entrar en el conflicto armado en apoyo de su colega francés. Esta circunstancia hizo que el gobierno español pensara en enviar a uno o dos agentes que se internaran en las colonias con el propósito de defender los intereses de España<sup>49</sup>. Los designados debían ganarse la confianza de los generales y de los congresistas norteamericanos e informar sobre la marcha de la guerra y sobre los propósitos de ambos bandos para “convencer a los protagonistas de que nada se debía hacer sin el acuerdo de Francia y España”<sup>50</sup>. Para esta misión fueron nombrados Juan de Miralles y Francisco Rendón<sup>51</sup>, pero, al terminar la guerra, Floridablanca designó a Diego Gardoqui como representante español ante los nacientes Estados Unidos. Esta elección se hizo en virtud del dominio del inglés y de los contactos internacionales que tenía este empresario vasco, cuyas credenciales fueron firmadas por Carlos III el 27 de septiembre de 1784.

Gardoqui había nacido en Bilbao en 1735 en el seno de una familia de comerciantes que mantuvo relaciones con Inglaterra y con la América anglosajona<sup>52</sup>. Educado en Londres, donde aprendió inglés, regresó a su ciudad natal en la que se introdujo en la carrera diplomática. Con el estallido del conflicto, en 1775 la compañía comercial de su familia firmó un contrato secreto con el delegado de Massachusetts por el que Gardoqui e hijos se comprometía a vender en el mercado europeo las materias primas suministradas por los norteamericanos y, con los fondos obtenidos, la empresa bilbaína compró aquellos enseres que el Congreso Continental consideraba necesarios como armas, tela para uniformes, quinina o mantas<sup>53</sup>. Esta experiencia previa y cualificada en el comercio norteamericano hizo que Floridablanca eligiera la Casa de Gardoqui para enviar fondos secretos a los insurgentes desde finales del año 1777. El Gobierno español no quería entrar directamente en el conflicto para evitar tensiones con Gran Bretaña, pero estimaba como ventajoso el apoyo económico a las colonias, por lo que utilizó esta compañía comercial para asegurar la eficacia y el secreto de las

---

<sup>48</sup> CAAMAÑO, *op. cit.*, pp. 59-60.

<sup>49</sup> GÓMEZ DEL CAMPILLO, *op. cit.*, p. XI.

<sup>50</sup> RIBES, *op. cit.*, p. 370.

<sup>51</sup> GÓMEZ DEL CAMPILLO, *op. cit.*, p. XI.

<sup>52</sup> El mayor éxito de esta compañía se produjo a partir de 1763 en que consiguieron que las importaciones de bacalao procedente de Boston y Salem fueran la mitad de las que llegaba a Bilbao: CALDERÓN, *op. cit.*, p. 205.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 206.

transacciones<sup>54</sup>. Una vez concluida la guerra confió en su representante, Diego Gardoqui, para defender los intereses españoles en Norteamérica.

Gardoqui desembarcó en Filadelfia el 20 de mayo de 1785<sup>55</sup> y, a finales del mes de junio, se trasladó a Nueva York, donde se había establecido provisionalmente la sede del nuevo gobierno americano entre 1785 y 1797<sup>56</sup>. De acuerdo con la dignidad de la nación que representaba, Gardoqui instaló su vivienda en Kennedy Mansion, una lujosa mansión ubicada en el número uno de Broadway donde había vivido el gobernador inglés durante la etapa colonial<sup>57</sup>.

## 5. LA CAPILLA Y EL CAPELLÁN DE LA LEGACIÓN ESPAÑOLA

Un mes después de su llegada a Manhattan, Gardoqui envió una carta a Floridablanca, donde se quejaba de la falta de auxilios espirituales y solicitaba el nombramiento de un capellán. El propio Floridablanca le había prevenido sobre este asunto en las instrucciones entregadas al recibir su nombramiento como nuevo agente de Negocios:

Nada digo a vuestra señoría en cuando si ha de mantener o no un capellán y oratorio para sí y su familia, en el concepto de que en aquellos países se permite a los católicos el libre uso de su religión y que hallará vuestra señoría y podrá proporcionarse en el lugar de su residencia cuantos auxilios espirituales pueda necesitar. Pero si así no fuese, avisará vuestra señoría inmediatamente, para que el rey disponga en esta parte del mismo modo que lo tiene su majestad establecido para sus ministros en cortes protestantes de Europa<sup>58</sup>.

El principio de libertad de cultos garantizaba la práctica religiosa en los Estados Unidos, pero el marcado carácter protestante del país podía hacer necesario el apoyo de la monarquía para garantizar la práctica religiosa de su representante diplomático y del personal que estaba a su cargo. Al desembarcar en Norteamérica, Gardoqui encontró con que los católicos de

---

<sup>54</sup> SEGURA, *op. cit.*, pp. 94-98.

<sup>55</sup> Carta de Gardoqui a Floridablanca, Filadelfia, 22 de mayo de 1785, AHN, Estado, leg. 3893, apéndice I, n. 16.

<sup>56</sup> Su predecesor, Francisco Rendón, anunció la llegada de Gardoqui el 28 de junio de 1785 y, dos días después, este firma la primera carta desde su nuevo destino: Despacho de Gardoqui a Floridablanca, Nueva York, 30 de junio de 1785, AHN, Estado, leg. 3893, GÓMEZ DEL CAMPILLO, *op. cit.*, p. 485, doc. XXII.

<sup>57</sup> SMITH, *op. cit.*, p. 19.

<sup>58</sup> Instrucciones de Floridablanca a Gardoqui, AHN, Estado, leg. 3885, exp. 21.

Nueva York estaban en una situación precaria y que no disponían de un lugar para el culto, por lo que estimó necesario el disponer de una capilla y de un sacerdote al servicio de la feligresía y así se lo comunicó al ministro de Estado el 25 de julio de 1785<sup>59</sup>.

Su petición fue respondida favorablemente y, el 8 de octubre siguiente se resolvió enviar un capellán. En el decreto expedido se especificaba que el sacerdote designado para la atención de los súbditos españoles también debía saber inglés, con el fin de auxiliar a todos los que profesaran la religión católica en la ciudad<sup>60</sup>. Su hermano, Juan Ignacio Gardoqui, con quien Diego debió contactar para manifestarle este detalle, se encargó de buscar un capellán y propuso a un dominico que residía en Bilbao, la ciudad natal del agente español<sup>61</sup>. El religioso en cuestión era el padre John O'Connell, un irlandés que ejercía como vicario del Hospicio que esta congregación sostenía en Bilbao. Este centro benéfico había sido fundado durante los últimos años del siglo XVII por los dominicos irlandeses que se habían visto obligados a abandonar su país y, tras vivir en unas casas de las Calzadas de Begoña, consiguieron algunos fondos de la Diputación para establecer su propio centro. El hospicio estaba dedicado al auxilio espiritual de los irlandeses residentes en Bilbao y a los marinos procedentes de Irlanda que llegasen a esta villa y a su ría<sup>62</sup>. Tras la propuesta de convertirse en el capellán del consulado de Nueva York, el padre O'Connell pedía por este ministerio 2.700 reales al año, casa y comida. Sus peticiones fueron aprobadas y el sueldo fue fijado en el nombramiento, dejando al arbitrio de Diego Gardoqui “el ajuste de mesa y casa”<sup>63</sup>.

Mientras tanto, para recibir el auxilio espiritual en la legación diplomática española y de cooperar en el crecimiento del catolicismo en Nueva York, el capellán del consulado francés, el padre Seraphin Bandol, celebraba periódicamente la santa misa “en las embajadas francesa y española”<sup>64</sup>. Sin duda, quienes formaban parte de la legación diplomática

---

<sup>59</sup> Carta de Gardoqui a Floridablanca, Nueva York, 25 de julio de 1785, AHN, Estado, leg. 3886, exp. 2, doc. 1.

<sup>60</sup> Decreto de la Secretaría de Estado sobre el envío de un capellán a Nueva York, San Lorenzo del Escorial, 28 de octubre de 1785, AHN, Estado, leg. 3886, exp. 2, doc. 2.

<sup>61</sup> Carta de Juan Ignacio Gardoqui a Miguel de Otamendi, Madrid, 22 de diciembre de 1785, AHN, Estado, leg. 3886, exp. 2, doc. 5.

<sup>62</sup> CIFUENTES PAZOS, José Manuel, “El clero de Bilbao en el Antiguo Régimen: número, procedencia geográfica y extracción social”, en *Bidebarrieta*, 12 (2003), p. 286.

<sup>63</sup> CAAMAÑO, *op. cit.*, p. 69.

<sup>64</sup> BENNETT, *op. cit.*, pp. 369-370. RYAN, *op. cit.*, p. 37.

española eran católicos y la mansión ocupada por Diego Gardoqui se convirtió así en un centro de referencia para la feligresía neoyorquina que encontró en las monarquías francesa y española un apoyo capital para el establecimiento del culto católico en la ciudad<sup>65</sup>. Así lo reconocía oficialmente el arzobispo de Nueva York, John Farley, en su biografía sobre el cardenal McCloskey: “la presencia de los embajadores español y francés dieron un aire de permanencia a la vida católica de la ciudad y bajo su influencia se dieron algunos pasos para organizar allí una parroquia”<sup>66</sup>. Estos disponían “de embajadas, capillas y capellanes, y su alto rango e influencia daban prestigio a los católicos”<sup>67</sup>.

La llegada del padre O’Connel se produjo el 17 de mayo de 1786 y con el nuevo capellán se organizaba también la capilla y se compraban los ornamentos necesarios en unos talleres existentes en Filadelfia y Baltimore<sup>68</sup>. Aunque su cometido en Manhattan se limitaba a la atención pastoral de los funcionarios de la corona, las necesidades de la creciente feligresía neoyorquina hicieron que Gardoqui tramitara por conducto de la Secretaría de Estado las licencias que permitieran al religioso ejercer su ministerio en la ciudad. Con un rebaño que aumentaba cada día<sup>69</sup>, no era suficiente la actividad de los padres capuchinos Charles Whelan o Andrew Nugent, dos sacerdotes de origen irlandés que establecieron su residencia en Nueva York entre 1784 y 1785<sup>70</sup>, ni las visitas esporádicas del padre Farmer a las que nos hemos referido anteriormente. Por ello, el representante español se puso en contacto con Floridablanca, quien cursó su solicitud al nuncio mediante una carta fechada el 28 de julio de 1787 en la que sostenía su petición amparándose en que era “muy corto el número de sacerdotes para la asistencia y confesionario de los católicos apostólicos romanos que acuden a la ciudad de Nueva York”<sup>71</sup>.

---

<sup>65</sup> CAMPBELL, *op. cit.*, p. 102.

<sup>66</sup> FARLEY, John, *The Life of John Cardinal McCloskey: First Prince of the Church in America, 1880-1885*, Nueva York, New York, Longmans, Green and Co., 1918, p. 8.

<sup>67</sup> SMITH, *op. cit.*, pp. 27-28.

<sup>68</sup> CAAMAÑO, *op. cit.*, p. 70.

<sup>69</sup> AHN, Estado, leg. 3893, comunicación 18.

<sup>70</sup> Whelan estuvo en Manhattan desde 1784 hasta finalizar el año 1785 o comienzos de 1786 en que se mudó a Albany y Nugent llegó a la ciudad en el otoño de 1785 provocando la marcha del anterior unos meses después. Farmer por su parte visitó esporádicamente Nueva York desde 1781 hasta su muerte en 1786. MILLER, Norbert H, “Pioneer Capuchin Missionaries in the United States (1784-1816)”, *Franciscan Studies*, 10 (1932), pp. 169-234.

<sup>71</sup> Carta de la Secretaría de Estado de España al nuncio de Su Santidad y arzobispo de Corintho, San Ildefonso, 28 de julio de 1787, AHN, Estado, leg. 3886, exp. 2, doc. 18.

Esta solicitud muestra la implicación de la corona española en el sostenimiento de la actividad pastoral de Manhattan, pues como señala Caamaño, la petición no se hacía en beneficio de sus compatriotas, sino de los católicos de otras nacionalidades, especialmente irlandeses, que estaban necesitados de atención espiritual<sup>72</sup>. Por ello, a la hora de elegir el capellán se buscó a un religioso que hablara inglés con el fin de ser útil a toda la feligresía de la ciudad, precaución que mostraba el interés de España por impulsar el catolicismo en los Estados Unidos y no solo el de responder a sus propios intereses políticos o comerciales. El nuncio respondió que debían dirigir la solicitud al prefecto apostólico John Carrol, que era el responsable de conferir las licencias en territorio norteamericano, solicitud que hubo de cursar O'Connell, pues llegó a disponer de “todos los permisos para pastorear a la congregación en la ciudad”<sup>73</sup>.

O'Connell permaneció en este ministerio pastoral hasta que Gardoqui finalizó su misión diplomática en los Estados Unidos durante el otoño de 1789, cuando ya se había inaugurado la iglesia de san Pedro y la feligresía neoyorquina disponía de un párroco propio. El agente de Negocios consideró entonces que ya no era necesaria la presencia de un capellán en la legación española por lo que aconsejó el regreso de O'Connell<sup>74</sup> y su incorporación al “ospicio de su Religión, de donde se le sacó”<sup>75</sup>.

## 6. UN LUGAR DONDE CELEBRAR LA EUCARISTÍA: ST. PETER'S CHURCH

Además de ofrecer un espacio celebrativo en su casa y un capellán para el culto católico, la estancia de Gardoqui en los Estados Unidos permitió brindar el apoyo de la monarquía hispánica para la edificación del primer templo católico que hubo en la ciudad. Durante la primavera de 1785, algunos de los miembros mejor posicionados del catolicismo neoyorquino, principalmente comerciantes y diplomáticos recién llegados a la ciudad, constituyeron una corporación titulada The Roman Catholic Church in the City of New York. Dicha institución fue inscrita oficialmente en el mes de junio siguiente según establecían las directrices legales del nuevo estado y siguiendo las indicaciones del diplomático francés Hector St. Jean de

<sup>72</sup> CAAMAÑO, *op. cit.*, pp. 77-78.

<sup>73</sup> RYAN, *op. cit.*, p. 37.

<sup>74</sup> Instrucciones de Diego Gardoqui a José de Viar, Nueva York, 2 de octubre de 1789, AHN, Estado, leg. 3894, lib. 6º, despacho s/n.

<sup>75</sup> Carta de Gardoqui a Floridablanca, Bilbao, 13 de noviembre de 1789, AHN, Estado, leg. 3894, lib. 6º, despacho s/n.

Crèvecoeur que formó parte de este proyecto junto con el portugués Roiz de Silva y otras personalidades notables. Los católicos conseguían, con ello, la personalidad jurídica que les iba a permitir adquirir bienes y administrar fondos y además, contribuyeron a elevar el prestigio del catolicismo neoyorquino que, hasta la fecha, estaba compuesto de fieles pobres y de escasa cultura<sup>76</sup>. Inmediatamente, solicitaron la benevolencia de los cristianos de la ciudad para comprar una propiedad ofrecida en alquiler por Trinity Church, cuya venta fue acordada el 17 de agosto de 1785<sup>77</sup>. En este momento, el sueño de conseguir un templo se iba materializando, pero faltaban los fondos que hicieran viable el proyecto.

Ese mismo mes, poco después de llegar a Manhattan, Gardoqui recibió la visita oficial de José Roiz Silva, Jenry Duffin y James Steward quienes solicitaron el apoyo de la monarquía borbónica para la construcción del templo. En su visita, estos representantes de la comunidad católica de Nueva York presentaron un memorial implorando la cooperación del monarca:

Inspirados del más ardiente deseo de propagar su santa religión en esta ciudad, compraron inmediatamente que obtuvieron su incorporación un suficiente terreno para fabricar una iglesia en que adorar al Criador y aumentar la fe católica, cuya profesión no era permitida hasta ahora. Más, no obstante su desvelo de efectuar sus deseos, ven con el maior dolor que sus diligencias son insuficientes y que, sin la interposición de la cristiandad de otros reinos, son incapaces de llevar a debido efecto la ovra. A causa de ser muy pobres la maior parte de los miembros de dicha congregación<sup>78</sup>.

Gardoqui tramitó esta solicitud a la Secretaría de Estado mediante una carta fechada el 3 de septiembre de 1785, persuadiendo al monarca para que otorgase su apoyo pecuniario al proyecto e indicando que los citados administradores habían enviado otra solicitud semejante a Francia. Esta referencia al apoyo que los neoyorquinos podían recibir del país vecino pretendía facilitar el concurso de su majestad católica para que Francia no les llevase la delantera<sup>79</sup>. Mientras aguardaban la respuesta de Madrid, los

<sup>76</sup> BENNETT, *op. cit.*, p. 407.

<sup>77</sup> RYAN, *op. cit.*, p. 7.

<sup>78</sup> Memorial de los administradores de la Congregación de la Iglesia Católica Romana de la Ciudad de Nueva York a Diego Gardoqui, AHN, Estado, legajo 3893, Anexo al despacho número 18, GÓMEZ DEL CAMPILLO, *op. cit.*, p. 503, doc. XXVI.

<sup>79</sup> La carta iba acompañada del citado memorial que los administradores entregaron a Gardoqui: Despacho número 18 de Gardoqui a Floridablanca, Nueva York, 3 de septiembre de 1785, AHN, Estado, leg. 3893, GÓMEZ DEL CAMPILLO, *op. cit.*, p. 502, doc. XXVI.

católicos neoyorquinos fueron avanzando el proyecto y, así, el 5 de octubre de 1785, un mes después de cursada la solicitud, tuvo lugar la ceremonia de colocación de la primera piedra de St. Peter's Church, que se convertiría en la primera parroquia católica de la ciudad. Fue muy significativo el hecho de que esta celebración estuviera presidida por Diego de Gardoqui y no por el padre Whelan, que estaba al frente de la comunidad católica, lo que muestra la preponderancia de los administradores laicos sobre el nuevo templo y el interés que estos manifestaban de ganarse el apoyo de la monarquía hispánica. El propio Gardoqui envió a Madrid una reseña del acto, donde señalaba el trato favorable que había recibido por parte de los representantes del catolicismo neoyorquino<sup>80</sup>. Además, a nivel personal Gardoqui ocupó un papel destacado en la suscripción abierta para financiar las obras del nuevo templo y, según relata Fernández-Shaw, el mismo encabezaba la lista de donantes<sup>81</sup>.

La solicitud de apoyo para la construcción del nuevo templo fue recibida favorablemente en Madrid por Floridablanca, en cuya respuesta ofreció el auxilio de la monarquía, aunque sin precisar los términos en que este habría de producirse<sup>82</sup>. El gobierno español pensó entonces que podrían emplearse los fondos de las vacantes de Indias y, con este propósito, el 21 de diciembre, José Gálvez, secretario de Indias, envió una carta al virrey de México, adjuntando la solicitud de Gardoqui y el memorial de los administradores católicos de Nueva York, con el deseo de averiguar si se podrían destinar algunas cantidades procedentes de esos fondos<sup>83</sup>.

Como la respuesta amenazaba con dilatarse y las obras del nuevo templo ya habían comenzado, la ayuda económica fue calificada de urgente, por lo que algunos funcionarios propusieron al conde de Floridablanca que autorizase a Gardoqui la entrega de mil pesos. Con ella tan solo podría financiarse el diez por ciento de una obra cuyo importe ascendía a doce mil, por lo que Floridablanca quiso elevar la cifra con los sobrantes de algunas capillas ubicadas en países protestantes aunque no logró materializar este propósito<sup>84</sup>. De este modo, el 13 de marzo de 1786 se envió una comunicación a Gardoqui para que entregase los mil pesos con el fin de cooperar a la

---

<sup>80</sup> Anexo al despacho reservado número 6 de Gardoqui, Nueva York, 6 de octubre de 1785, AHN, Estado, leg. 3893, GÓMEZ DEL CAMPILLO, *op. cit.*, pp. 505-506.

<sup>81</sup> FERNÁNDEZ-SHAW, *op. cit.*, p. 53.

<sup>82</sup> Minuta del conde de Floridablanca a Gardoqui, 28 de enero de 1786, AHN, Estado, leg. 3893. Unida al despacho n. 18, GÓMEZ DEL CAMPILLO, *op. cit.*, pp. 503-504.

<sup>83</sup> CAAMAÑO, *op. cit.*, p. 114

<sup>84</sup> *Ibidem*, 116-117.

construcción del templo, autorizándole a cargar esa cantidad en los gastos extraordinarios de la legación diplomática<sup>85</sup>. El representante español respondió el 18 de junio, afirmando que entregaría dicha suma al comisionado principal y que, en virtud del apoyo mostrado, trabajaría por conseguir “alguna tribuna o sitio destacado para la Casa del rey en dicho templo”<sup>86</sup>.

Aunque en España la ayuda no parecía excesiva, dicha cantidad fue recibida en Nueva York con notable agradecimiento ya que suponía un importante desembolso para la economía del Nuevo Mundo y, posiblemente, sería el donativo más generoso de cuantos se recibieron. Para hacernos una idea de su cuantía, Caamaño compara esta cifra con los sueldos públicos y afirma que los mil pesos entregados por el monarca español equivalían, por ejemplo, al sueldo anual percibido por el fiscal general de los Estados Unidos<sup>87</sup>. El 20 de junio de 1786 los administradores hicieron acuse de recibo del donativo en el que mostraban su gratitud al monarca<sup>88</sup> y su reconocimiento a Gardoqui<sup>89</sup>. Además, se solicitaba el beneplácito del rey para que un sacerdote fuera a México para recabar fondos con los que poder concluir la fábrica del templo: “hemos formado un plan (que esperamos merezca la probación y asentimiento de vuestra excelencia) de comisionar un clérigo para pasar a Vera Cruz y México y volver a la vía de la Habana”<sup>90</sup>. Gardoqui disuadió a los administradores de este propósito, pues, según él, los gastos superarían a las limosnas, proponiéndoles a cambio que él mismo se encargaría de enviar un memorial “al señor virrey y a los reverendos

---

<sup>85</sup> Minuta del conde de Floridablanca a Gardoqui de 13 de marzo de 1786, AHN, Estado, leg. 3893, GÓMEZ DEL CAMPILLO, *op. cit.*, pp. 503-504. Este autor ha fechado la carta el 13 de enero de 1786, lo que es imposible, pues en ella se da noticia de otra carta enviada el 28 de enero.

<sup>86</sup> Despacho de Gardoqui a Floridablanca, Nueva York, 18 de junio de 1786, AHN, Estado, leg. 3886, “Documents. II”, *op. cit.*, p. 69.

<sup>87</sup> CAAMAÑO, *op. cit.*, p. 118.

<sup>88</sup> Traducción. Carta humilde dedicatoria que en nombre de la Congregación de los Católicos Romanos de la Ciudad de Nueva York presentan los administradores al señor don Diego de Gardoqui, ministro de su majestad, Nueva York, 20 de junio de 1786, AHN, Estado, leg. 3893, apéndice 6, n. 142, “Documents. II”, *op. cit.*, pp. 70-71.

<sup>89</sup> “Reconocemos, al mismo tiempo, la debida obligación en que estamos a dicho señor Gardoqui por el interés y asistencia que, en diferentes ocasiones, ha manifestado en cuanto ha conducido a activar y dar fuerza a nuestra profesión en este Estado”, Traducción del recibo dado por los administradores de la Congregación de Católicos Romanos de la ciudad de Nueva York por la limosna de mil pesos fuertes que su majestad Católica ha dignado darles, Nueva York, 20 de junio de 1786, AHN, Estado, leg. 3893, apéndice 6, n. 142, “Documents. II”, *op. cit.*, p. 72.

<sup>90</sup> *Ibidem*, 70.

arzobispo y obispo de México y Cuba, con lo qual quedaron muy satisfechos”<sup>91</sup>.

Al comenzar el otoño del año 1786, el templo aún estaba sin terminar, pero los administradores católicos de Nueva York quisieron manifestar su agradecimiento al monarca agilizando las obras y preparándolo todo para que la parroquia fuera inaugurada el 4 de noviembre de 1786, fiesta de san Carlos Borromeo en la que Carlos III celebraba su onomástica. Con esta decisión pretendían “celebrar la primera misa en honor de su majestad”<sup>92</sup>. Tal como se había planeado, ese día tuvo lugar la apertura del templo con una misa celebrada por el padre Nugent, que contó con la asistencia de los capellanes de las legaciones francesa y española y la presencia de Gardoqui junto a su familia:

Se suplicó al encargado de Negocios don Diego Gardoqui que se sirviese asistir a esta función con toda su familia y, no obstante de no haber podido concluirla, se verificó, a costa de haberse doblado los trabajos, el que la mañana de aquel día (4 de octubre de 1786) se celebrase la primera misa por su cura párroco Mr. Nugent asistido de los capellanes de las casas de España y Francia a que concurrió el referido encargado con toda la familia española haviendoles adornado la congregación un sitio distinguido que se asegura quedará señalado para los ministros o dependientes de su majestad en la ciudad<sup>93</sup>.

Después de la celebración, el ministro de origen vasco ofreció una recepción en su casa a la que, entre otros, acudieron el presidente del Congreso, el gobernador del Estado de Nueva York, diplomáticos de diversos países y otras personalidades entre las que se mostraba la preeminencia de la monarquía española en el acto<sup>94</sup>. Unos días después de la inauguración, el prefecto apostólico John Carroll envió una carta por la que agradecía el apoyo prestado por España al establecimiento del catolicismo en Nueva York y, al mismo tiempo, se excusaba de su ausencia al acto:

<sup>91</sup> Despacho n. 142 de Gardoqui a Floridablanca, Nueva York, 27 de noviembre de 1786, AHN, Estado, leg. 3893.

<sup>92</sup> Carta de los administradores católicos de Nueva York al Diego Gardoqui, Nueva York, 28 de octubre de 1786, AHN, Estado, leg. 3886, “Documents. II”, *op. cit.*, pp. 72-73.

<sup>93</sup> Informe de Diego Gardoqui sobre la primera misa en la iglesia de San Pedro, Nueva York, 7 de noviembre de 1786, AHN, Estado, leg. 3893. Ap. 6, n° 142, “Documents. II”, *op. cit.*, pp. 74-75.

<sup>94</sup> SHEA, *op. cit.*, p. 285.

El patrocinio de su majestad católica no solo eternizará para la posteridad el ejercicio de nuestra religión en el Estado de Nueva York, sino que proporciona cimientos para otros establecimientos de la misma especie (...) La desgraciada suerte que casualmente dispuso no recibiera a tiempo el convite con que me honró esa Congregación para el día de san Carlos, fue para mí grande sentimiento, pues me privó de la oportunidad de manifestar a vuestra excelencia el sumo respeto y estimación con que tengo el honor de ser el más obediente y humilde servidor<sup>95</sup>.

No fue la última vez que se solemnizó la onomástica del rey. Al año siguiente, se volvió a celebrar la festividad de san Carlos Borromeo con una misa presidida por el prefecto apostólico John Carroll, quien trataba de compensar, en este caso, su ausencia del año anterior. Aunque en la reseña publicada por la *Gaceta de Madrid* se le otorga el título de obispo, tratamiento que también le daba Gardoqui, en aquel momento John Carroll tan solo era el prefecto apostólico. Se trata de un cargo de menor rango que el ministerio episcopal reservado para aquellos territorios de misión donde aún no se ha erigido una diócesis, como ocurría en aquel momento en los Estados Unidos. Como era de esperar, en aquella celebración participó el encargado de negocios de la monarquía española en compañía de su familia que ocupó un “sitio distinguido” reservado “para los ministros o dependientes de su majestad”<sup>96</sup>.

La protección ejercida por la Casa Real no concluyó con la edificación del templo. Tres años después de su inauguración, los administradores seguían precisando fondos para financiar las deudas contraídas por la construcción de la iglesia y deseaban mejorar su acondicionamiento interior pues presentaba una imagen ruda y descuidada. Para ello, solicitaron una vez más el apoyo de la monarquía católica a través de su representante Diego Gardoqui, cuya presencia en el templo era frecuente: “Your religious attention to the Church and her Divine Service, makes you, sir, no stranger to the heavy debt which the poor Catholics of this city have incurred by forwarding the building”<sup>97</sup>.

---

<sup>95</sup> “Traducción de la carta escrita por el ilustrísimo y reverendísimo don Juan Carroll, obispo católico de este continente al señor don Diego Gardoqui”, Baltimore, 14 de noviembre de 1786, AHN, Estado, leg. 3893, apéndice 6, n. 156, “Documents. II”, *op. cit.*, pp. 76.

<sup>96</sup> *Gaceta de Madrid*, 5-2-1788, p. 84.

<sup>97</sup> Carta de los administradores de la Congregación de la Iglesia de San Pedro a Diego Gardoqui, Nueva York, 5 de octubre de 1789, RYAN, *op. cit.*, p. 66.

Al mismo tiempo, solicitaban permiso para que un sacerdote viajara hasta la isla de Cuba con el fin de recabar algunas limosnas, pues según exponían los administradores del templo, este era el único modo de “salvar la iglesia de su total destrucción”<sup>98</sup>. Un mes más tarde, el 2 de noviembre de 1789, los dirigentes de la comunidad católica de Nueva York acordaron redactar un memorial en español en el que exponían su angustiada situación y solicitaba el apoyo del obispo, del gobernador y de los ciudadanos de la Habana y de la isla de Cuba. También se propusieron enviar otras relaciones similares a diversas sedes episcopales de la América española<sup>99</sup>. Aunque no se llegó a formalizar todo el proyecto, y el viaje se redujo, fundamentalmente a México, este acuerdo mostraba el respeto que los católicos de la ciudad mostraban por la monarquía hispánica y por el sostenimiento y patronazgo que España ejercía sobre el catolicismo en América.

Como fruto de esta campaña, el padre O’Brien, que ejercía como nuevo párroco en San Pedro desde 1787<sup>100</sup>, que había estudiado en Italia con el arzobispo de México, Alonso Núñez de Haro<sup>101</sup>, aprovechó esta amistad para garantizar su hospitalidad en el país vecino y regresó a Nueva York con 4.920 dólares que se sumaron a otros mil enviados por el obispo y el Cabildo de Puebla de los Ángeles<sup>102</sup>. También trajo consigo algunas obras de arte como el lienzo de la Crucifixión que aun preside hoy el altar mayor de St. Peter, una creación del pintor mexicano José María Vallejo que fue donada por el arzobispo de México<sup>103</sup>.

Tras su regreso, los administradores manifestaron a los representantes de la monarquía en España su agradecimiento por la real protección brindada por el monarca y la cooperación de los católicos mexicanos en este proyecto<sup>104</sup>. Al mismo tiempo, le comunicaban la necesidad de hacer un altar, un púlpito, unos bancos y otras cosas cuyo coste estimaban en diez mil dólares.

---

<sup>98</sup> Ídem.

<sup>99</sup> RYAN, *op. cit.*, p. 65.

<sup>100</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>101</sup> SHEA, *op. cit.*, p. 332.

<sup>102</sup> BENNET, *op. cit.*, p. 384.

<sup>103</sup> BAYLAY, *op. cit.*, p. 65.

<sup>104</sup> RYAN, *op. cit.*, pp. 68-69.

## 7. INTERVENCIÓN ESPAÑOLA EN EL NOMBRAMIENTO EPISCOPAL DE JOHN CARROLL

Con el triunfo de las colonias sobre la monarquía británica, la situación en Norteamérica cambió notablemente no solo en el aspecto político, sino también religioso. Hasta la fecha era el nuncio de Londres quien ejercía su autoridad sobre los territorios coloniales, pero al concluir la guerra de la Independencia, los vínculos entre Gran Bretaña y Norteamérica quedaron dañados, lo que requería cambios en la estructura jerárquica del naciente catolicismo norteamericano. Tanto en Roma como en los Estados Unidos se pensaba que el nuevo superior no debía ser consagrado obispo, pues la presencia de un prelado católico no sería bien acogida por la opinión pública norteamericana que mostraba muchos recelos ante cualquier autoridad foránea. En este sentido, un superior revestido de la dignidad episcopal podía ser considerado como un representante de la Santa Sede y provocar cierto rechazo por parte de una población que había conquistado su autonomía frente a Europa<sup>105</sup>. Roma designó entonces a John Carroll, que era un sacerdote autóctono, natural de Maryland y dotado de cierta capacidad de liderazgo. Además, este sacerdote contaba con el apoyo de Benjamin Franklin con quien había viajado hasta Canadá para reclamar el apoyo del país vecino en favor de proceso independentista de las colonias y, aunque no logaron su objetivo, ambos iniciaron una fructífera relación<sup>106</sup>. De este modo, Carroll fue elegido superior de la misión en Norteamérica en 1784 y, un año más tarde, fue designado prefecto apostólico<sup>107</sup>.

Esta jurisdicción limitada del prefecto apostólico dio un vuelco ante los conflictos que golpearon a la feligresía católica de Nueva York en el otoño de 1787. La falta de autoridad para hacer valer los derechos de la Iglesia frente a una comunidad que tomaba decisiones al margen de sus superiores era un peligro que se cernía sobre la constitución del catolicismo norteamericano. Los límites que se habían impuesto al prefecto apostólico comenzaban a constituir un problema y, por ello, Carroll reunió a los sacerdotes para estudiar el asunto y buscar una posible solución al ejercicio limitado de su autoridad. Como fruto de estos encuentros, se redactó un memorial dirigido al papa en el que se solicitaba el establecimiento de la jerarquía católica en los Estados

---

<sup>105</sup> CAAMAÑO, *op. cit.*, p. 147.

<sup>106</sup> GUILDAY, Peter, *The Life and Times of John Carroll Archbishop of Baltimore (1735-1815)*, Nueva York, The Encyclopedia Press, 1922, pp. 92-105.

<sup>107</sup> ELLIS, *op. cit.*, p. 143.

Unidos. Los miedos y los temores al rechazo que un obispo podría recibir por parte de los norteamericanos parecían desvanecerse y, en este asunto, Carroll sabía que el apoyo de España sería muy útil. Para ello, el prefecto visitó a Diego Gardoqui con el fin de pedirle que enviara un memorial a Carlos III para interceder por él ante la Santa Sede.

Carroll tenía una alta estima por el representante de negocios español quien había facilitado su casa para el culto católico. El propio Carroll había celebrado allí la misa, y había conseguido el apoyo económico y la protección especial de la monarquía española para la iglesia de san Pedro. Caamaño señala, además, que Carroll solicitó el apoyo del rey de España y no el de Francia dado el interés que las autoridades galas tenían de elegir a un obispo francés para incrementar su influencia en los Estados Unidos<sup>108</sup>. A diferencia de la monarquía francesa, España no había manifestado ninguna ambición en este sentido y el apoyo desinteresado que Gardoqui había mostrado al prefecto y a la comunidad católica inclinó a John Carrol a solicitar su concurso para lograr este nombramiento episcopal.

De este modo, el 25 de julio de 1788, Gardoqui envió a la Secretaría de Estado el memorial redactado por Carroll en el que se solicitaba el apoyo del ministro español,<sup>109</sup> Dos meses después, la Secretaría de Estado de España cursó esta petición ante la Santa Sede, solicitando al papa la erección de un obispado en los Estados Unidos, con el objeto de “establecer la debida subordinación que no existe”<sup>110</sup>. La Congregación de Propaganda aceptó esta propuesta y, aunque el proceso se dilató un año, el 6 de noviembre de 1789, John Carroll fue nombrado obispo de Baltimore, recibiendo la consagración episcopal en Inglaterra el 15 de agosto de 1790<sup>111</sup>. Se trataba del primer prelado de los Estados Unidos cuya jurisdicción se extendía por el amplio territorio que conformaba el nuevo país. Esta introducción de la jerarquía católica en los Estados Unidos era un requisito necesario para la implantación efectiva de la Iglesia católica y, por ello, el apoyo recibido por parte de Gardoqui y de sus sucesores, José Ignacio de Viar y José de Jáudenes, fue notable, algo que el propio Carroll agradeció en diversas ocasiones<sup>112</sup>.

---

<sup>108</sup> CAAMAÑO, *op. cit.*, p. 165.

<sup>109</sup> AHN, Estado, leg. 3894. Anexo al despacho 281, GÓMEZ DEL CAMPILLO, *op. cit.*, pp. 539-541, doc. XXXII.

<sup>110</sup> AHN, Estado, leg. 3894, Anexo al despacho 281, GÓMEZ DEL CAMPILLO, *op. cit.*, pp. 541-542, doc. XXXII.

<sup>111</sup> GUILDAY, *op. cit.*, p. 373.

<sup>112</sup> CAAMAÑO, *op. cit.*, p. 174.

## CONCLUSIONES

En el momento en que las tropas británicas abandonaron la bahía de Nueva York a finales del mes de noviembre de 1783, la comunidad católica de la ciudad se reducía a un pequeño grupo de fieles que vivía en la clandestinidad y que sufría el rechazo de una población mayoritariamente protestante y de marcado cariz anticatólico. Sin embargo, el apoyo prestado por la monarquía española a los insurgentes coloniales en su batalla contra Inglaterra permitió a los católicos salir del anonimato, ejercer con una mayor libertad su fe y contribuyó a la implantación y el crecimiento del catolicismo en la ciudad. Un proceso que se produjo en diversos registros.

En primer lugar, la presencia de diplomáticos españoles y franceses, de dos monarquías católicas entre las autoridades norteamericanas, contribuyó a que los norteamericanos mirasen con mejores ojos a los fieles católicos y, al mismo tiempo, elevaron el prestigio del catolicismo neoyorquino que, hasta la fecha, estaba formado por un exiguo número de fieles pobres y de escasa cultura.

En segundo lugar, la sede del representante español en los Estados Unidos se convirtió en un centro de referencia para el catolicismo neoyorquino en cuyas instalaciones los fieles encontraron un lugar para la celebración del culto católico y un capellán capaz de atender a la feligresía angloparlante en su lengua materna. Para ello, el representante español Diego Gardoqui se preocupó de que el capellán fuera seleccionado entre el clero irlandés que residía en su ciudad natal con el fin de ofrecer sus servicios más allá de los límites de su legación y contribuir al sostenimiento del catolicismo norteamericano.

En tercer lugar, la mediación del representante español fue capital para la construcción del primer templo católico de la ciudad que contó con el patrocinio de la monarquía católica y cuyo ornato posterior se acometió con fondos artísticos y pecuniarios procedentes de México.

Pero capital fue también el apoyo español en el nombramiento del primero obispo que hubo en los Estados Unidos, designación que permitió el establecimiento de la jerarquía católica en Norteamérica como uno de los componentes esenciales de la Iglesia que vincula un territorio concreto con la sede primada y con la sucesión apostólica.

**BIBLIOGRAFÍA**

- BAISNÉE, Jules A., *France and the establishment of the American Catholic Hierarchy. The Myth of the French Interference (1783-1784)*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1934.
- BAYLEY, James Roosevelt, *A Brief Sketch of the Early History of the Catholic Church on the Island of New York*, Nueva York, The Catholic Publication Society, 1870.
- BENNETT, William Harper, *Catholic Footsteps in Old New York. A Chronicle of Catholicity in the City of New York from 1524 to 1808*, New York, Schwartz, Kirwin and Fauss, 1909.
- CAAMAÑO FERNÁNDEZ, Rafael, *La Iglesia en los Estados Unidos en el siglo XVIII. Ayuda de España al desarrollo del catolicismo en Norteamérica* (Tesis doctoral inédita), Universidad de Navarra, 1980.
- CALDERÓN CUADRADO, Reyes, *Empresarios españoles en el proceso de independencia norteamericana. La casa Gardoqui e hijos de Bilbao*, Madrid, Unión Editorial e Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales Francisco de Vitoria, 2004.
- CAMPBELL, Bernard U, “Memoirs of the Life and Times of the Most Rev. John Carroll, First Archbishop of Baltimore”, en *The United Catholic Magazine*, 6 (1847), pp. 31-38 y 100-104.
- CHAPARRO SÁINZ, Ángel Diego, “Diego María de Gardoqui y los Estados Unidos: Actuaciones, influencias y relaciones de un vasco en el nacimiento de una nación”, *Vasconia*, 39 (2013), pp. 101-140.
- CIFUENTES PAZOS, José Manuel, “El clero de Bilbao en el Antiguo Régimen: número, procedencia geográfica y extracción social”, en *Bidebarrieta*, 12 (2003), pp. 277-302.
- COHALAN, Florence D., *A Popular History of the Archdioceses of New York*, Yonkers, Nueva York, United States Catholic Historical Society, 1999.

- CORRIGAN, Michael Augustine, “Register of the Clergy Laboring in the Archdioceses of New York from Early Missionary Times till 1885”, en *Historical Records and Studies*, 1 (1899), pp. 18-44.
- DALEY, John M., “Pioneer Missionary. Ferdinand Farmer, S. J.: 1720-1786”, en *The Woodstock Letters*, 25 (1946), pp. 103-115, 207-231 y 311-321.
- DUNCAN, Janson K., *Citizens or Papist? The Politics of Anti-Catholicism in New York, 1685-1821*, New York, Fordham University Press, 2005.
- ELLIS, John Tracy, *Documents of American Catholic History*, Milwaukee, The Bruce Publishing Company, 1962.
- FARLEY, John, *The Life of John Cardinal McCloskey: First Prince of the Church in America, 1880-1885*, Nueva York, New York, Longmans, Green and Co., 1918.
- FARRELLY, Maura Jane, *Anti-Catholicism in America, 1620-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.
- FERNÁNDEZ-SHAW, Carlos, *The Hispanic Presence in North America from 1492 to Today*, Nueva York, Facts on File, 1999.
- GÓMEZ DEL CAMPILLO, Miguel, *Relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos según los documentos del Archivo Histórico Nacional*, vol. 1, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1944.
- LAMB, Martha y HARRISON, Burton, *History of the City of New York: Its Origin, Rise, and Progress*, vol. 1, A. S. Barnes, 1877.
- LEISLER, Jacob, “New York Mission, 1683-1689”, en *The Woodstock Letters*, 15 (1886), pp. 175-183.
- LONG FERNÁNDEZ DE MESA, Mary Ann, “La iglesia de San Pedro, el primer templo católico de Nueva York”, en *Péndulo: Revista de Ingeniería y Humanidades*, 20 (2009), pp. 130-145.

- MARLIN, George y MINER, Brad, *Sons of Saint Patrick: A History of the Archbishops of New York, from Dagger John to Timmytown*, San Francisco, Ignatius Press, 2017.
- MEEHAN, Thomas F., “Some Pioneer Catholic Laymen in New York. Dominik Lynch and Cornelius Heeney”, en *Historical Records and Studies*, 4 (1906), pp. 285-301.
- MILLER, Norbert H., “Pioneer Capuchin Missionaries in the United States (1784-1816)”, en *Franciscan Studies*, 10 (1932), pp. 169-234.
- QUIRK, John F., “Father Ferdinand Farmer. An Apostolic Missionary in Three States”, en *The Woodstock Letters*, 44 (1915), pp. 58-59.
- RIBES, Vicente, *Presencia valenciana en los Estados Unidos, siglos XVI-XIX*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2002.
- ROCHEMONTEIX, Camille de, *Les jésuites et la Nouvelle-France au XVIIe siècle d’après beaucoup de documents inédites*, tomo 2, París, Letouzey et Ané, 1896.
- RYAN, Leo Raymond, *Old St. Peter's: The Mother Church of Catholic New York, 1785-1935*, Nueva York, United States Catholic Historical Society, 1935.
- SEGURA GARCÍA, Germán, “El trascendental papel de España en la independencia de los EE.UU.”, en García, Eva (coord.), *George Washington y España. El legado del ejército español en los Estados Unidos de América*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2019, pp. 104-141.
- SHEA, John Gilmary, *Life and Times of the Most. Rev. John Carroll bishop and first Archbishop of Baltimore embracing the History of the Catholic Church in the United States 1763-1815*, Nueva York, John G. Shea, 1888.
- SHELLEY, Thomas J., *The Archdiocese of New York*, Strasbourg, Editions du Signe, 2007.

SMITH, John Talbot, *The Catholic Church in New York*, Nueva York, Hall & Locke Company, 1903.

STANISLAUS, “An Irish Capuchin Pioneer”, en *The Capuchin Annual*, 1 (1930), pp. 71-84.

*The Constitutions of the Several Independent States of America*, Nueva York, E. Oswald, 1786.